

Clisé para cada uno

Cuento de JOSÉ LUIS GARCÍA CAFFARO ()*

Segmentos luminosos fluorescentes y escritorios rectilíneos, reflejándose deformados en armazón y lentes de los anteojos verdes. Sigue jugueteando con ellos, tomándolos de las patillas, hasta que golpean el teléfono; quizás por reflejo oprime el auricular, como si temiera su caída.

—Poniéndose de acuerdo, alguno podrá agregar algo al libro hasta terminarlo, y aparecerá firmado y titulado por él, con una mención del que lo completó.

Con los anteojos, aparta papeles mecanografiados, manuscritos, diarios, diseminados sobre el escritorio. Los mira sin interesarse en seleccionarlos.

—Claro, lógico: tiene que ser un heredero, uno de nosotros tres, pero con apoyo de los otros dos.

Pronuncia despacio, minuciosamente, subrayando con una mueca que puede ser sonrisa, satisfacción o expectación. Se vuelve, para evitar el tableteo desordenado y las palabras entrecortadas provenientes del salón.

—Bueno, creo... ser el más indicado... llevo años escribiendo... he viajado... entrevistado a gente importante...

Erguido con expresión displicente, como si escuchara alabanzas dichas por otro, hace recorrer a los anteojos varias columnas de una carilla, tras una firma que no figura.

—El editor está conforme, le conviene explotar un nombre hoy consagrado antes que pase más tiempo y no lo recuerde nadie. Además, yo me limitaría a terminarlo, sin modificar nada muy importante. La novela se venderá, porque se sabe que él la dejó inconclusa.

Pasos rápidos, acercándose. Se detienen, cuando observa a quien —joven, en camisa, el saco en el brazo, la corbata a medio anudar— lo urge con ademanes enfáticos. Tapa el tubo con la palma, y gesticula en forma pausada y casi inaudible: “Decí que ya me fui. Prepará la camioneta. Esperame”.

(*) 3er. Año, Secc. “A”, Escuela de Abogacía.

—Hola. Sí. Sí. Se puede hacer. Está perfectamente permitido. Puede estar segura. Emm... ahora tengo que atender un asunto importante... preferiría que no me llamara más a la Redacción, ya combinaremos los tres para ponernos de acuerdo. Como no. Adios.

Sonido monótono e ininterrumpido del tono para discar. A ella debió parecerle que abarcaba la habitación, y hasta era acorde con su expresión perpleja; pero sólo fue un momento. Concentrada —no en lo que hace—, deposita el auricular en la horquilla, repite un trayecto conocido entre el lustroso moblaje del ambiente casi a oscuras. Preocupación trocada en estática amabilidad, cuando entra en otro cuarto, en un grupo habitual con apariencia, comportamiento y conversaciones también habituales.

Comenta algo. Todos —en su oportunidad— dicen, provocando risa o sorpresa en los otros; cambian de posición, variando la propia pero no el aspecto del conjunto.

(“...La novela se venderá, porque se sabe que él la dejó inconclusa.”)

—No sé si se puede hacer. Además, es sucio...

—“Hola. Sí. Sí. Se puede hacer. Está perfectamente permitido”.)

No atiende a imágenes y ruidos cercanos, hasta que el interés general converge en ella: —¿Y esa novela que tu tío no terminó...?

Respuesta, con mueca y tono forzados. Ficción improvisada para satisfacer curiosidad ocasional. (—...Es sucio...

—“...Está perfectamente permitido”.

—“...ya combinaremos los tres para ponernos de acuerdo”.)

Algunos de ellos se apartan, para buscar discos. Bromas, miradas y preguntas fluyen y refluyen, desordenadamente. Incluso acerca de ella: —¿Pensás volver por la Facultad...?

—No sé qué hacer: Filosofía y Letras no ofrece muchas perspectivas...

—¿Económicas?

Tensión: unos observan recriminantes, otros con aprobación, a quien acotó irónicamente. Una joven reprime una sonrisita burlesca. Un muchacho pretende salvar correctamente la situación con un lugar común, pero el silencio fue demasiado prolongado y nervioso, para no interpretar la alusión. —Sí... tampoco eso.

Con una mueca condescendiente, pronuncia rápido, porque tenía que decir algo, y se dirige a seleccionar discos pensativamente. (—“El editor está conforme, le conviene explotar un nombre hoy consagrado... la novela se venderá, porque se sabe que él la dejó inconclusa.”)

Ritmos de moda desencadenando reacciones y frases concordantes. Contempla el ambiente con su contenido: objetos, personas, actitudes y voces conocidas y reiteradas hasta hacerse inconcebibles por separado. Como repitiendo un ciclo irregular, otro integrante vuelve a hablarle: —¿Venís el sábado?

—No sé...

—¿Qué te pasa hoy?

—¡Nada! ¿Por qué?

Aquél se alejó, queriendo remarcar una expresión de estupefacción.

Escucha una mezcla indiferenciable de música, diálogos entrecortados sobre viajes, pintores y política, exclamaciones aisladas y risas breves. Ve reflejado al grupo en el gran espejo horizontal: los movimientos, sin un sonido correspondiente a cada uno, se asemejan a pantomimas; ella difiere del conjunto en que es espectadora, pero cada rasgo de su fisonomía, físico y vestido puede encontrarse en algún otro componente.

Saco, una cámara fotográfica y algunos papeles, esparcidos en el asiento posterior de la camioneta, se bambolean, resbalan y vuelven a acomodarse, desordenadamente. Perfiles sombríos y brillantes; multiformes; detenidos y en movimiento; transcurren con velocidad variable a los costados del vehículo. Conduce, gesticulando a ratos, para evitar que los anteojos verdes zafen de su posición. El otro, complacido por el viento que produce la marcha, permanece inalterable mientras la corbata flamea ante su cara.

Abandona el volante —hasta tanto los semáforos permitan pasar —para recomponer un detalle de su vestimenta que tal vez no necesitaba ser arreglado: —¿Sabés que voy a completar “Historia de nosotros”, de Lozano?

—¿Ah sí?

El siguió mirando el desfile atiborrado de peatones: —Jmm... soy uno de los herederos. La sobrina está interesada en que lo haga. Aunque hoy me pareció un poco indecisa...

—Es importante...

—¿Qué? ¿La obra? No creo... Lozano era un mediocre, pero se vendía. Empezó como periodista, y consiguió hacerse oír...

Sus dedos tamborilean con ritmo entrecortado sobre la circunferencia mellada del volante. Observa —ya, impacientemente— a quienes pasan por delante, configurando grupos más disgregados. El otro, asombrado, continúa empeñado en explicar algo: —De todas maneras, es importante porque...

—¡Claro! Me conocerán, y podré colocar algo mío, antes que el papel se gaste y comience a cansar, como las ideas o los proyectos.

Respondiendo a la luz verde, la camioneta pareció impulsada para derribar algo, al final de la avenida. Aunque pronto, la aceleración quedó estabilizada en una marcha más lenta.

—A propósito: necesito que hoy asistas solo a la conferencia...

—¡...

—No te preocupes, sos joven, pero sé que sabés hacerlo bien. Yo tengo que arreglar unos asuntos sobre lo de Lozano, ver a otro heredero, un amigo.

—Sí... pero...

—¡Hasta podés pedirle una entrevista privada, si querés! El Subsecretario debe recordarme, quedamos grandes amigos; decile que vas de mi parte. Mañana a primera hora me das la crónica y la corregimos.

No hubo tiempo para objeciones, sólo el suficiente para descender, accediendo a elogios y pedidos eslabonados en sucesión convincente, subrayados por el golpe de la puerta al reencontrar su marco. Durante instantes, en la ventanilla estuvo encuadrada la expresión indecisa de quien quería adquirir alguna que no fuera anonadamiento, pero rápidamente fue sustituida por variados contornos, indefinibles en su desordenado transcurso. Hasta detenerse frente a perfiles rectos, amplios e iluminados. Puerta giratoria, corredores brillantes, ascensor, empleados, secretaria: itinerario. Después del "—Pase, Sr.", sus pasos fueron amortiguados en sonido por el alfombrado. Tal vez debido a él, le pareció apreciar con inusitada lentitud el aumento gradual en el tamaño de muebles y objetos dispuestos simétricamente unos, como agregados otros. Por su color de traje, posición estática y ubicación en el conjunto, quien estaba —rígido— tras el escritorio, sólo quedó individualizado cuando la proximidad le obligó a adelantarse para saludar. Entonces, en un primer plano súbito pero revelador, pudo advertir sus arrugas laterales a la boca —remarcadas por una sonrisa repetida muchas veces en idénticos surcos—, los estratos horizontales en la frente extendida a los costados sobre superficie capilar, la mirada brillante aunque fija en su objeto como si lo abarcara sin escrutar un punto definido.

Escuchó más cercanas sus propias palabras, una vez sentado, y oyó las del otro: —Ya ves... (un desgano gesto con ambos brazos, pretende comprender el ambiente) todo esto creció con el puesto.

—¿Y además?

El gesto se hace casi abandonado y la cabeza desciende levemente, como para permitir que se vea reflejada en el escritorio: —Nada... acá cualquier cosa cuesta mucho conseguirla y después para los demás vale muy poco.

No interrumpió la pausa; ahora la cabeza se mueve repetidamente en negación leve y concentrada, progresivamente en recorrido más corto. Levanta la vista, para decir con una mueca semejante a la sonrisa: —No vale la pena... dejé la carrera por eso y solamente espero irme. Estoy consiguiendo un viaje de estudios... puedo hacer cosas interesantes, pero acá no hay material.

Dictáfono propalando una voz femenina que pide autorización para retirarse. Luego, dos pocillos vacíos quedan fijos en un lugar, tan fijos como quien monologa sobre cuanto podría hacerse y haberse hecho, y quien atiende. Procura imprimir entusiasmo, cuando consigue detener la monótona exposición:

—¿Qué te parece el "regalo"? La novela se venderá bien...

—Posiblemente, pero... no es lo mío.

Asombro: —¿Qué es lo tuyo?

Molestia, titubeo entrecortando toda expresión y provocando que el gesto aparentemente amplio, abarque poco y nerviosamente: —Esto... todo esto, por ahora... Sonrisa estereotipada, para transmitir seguridad que se comienza a perder: —¡No veo qué relación...!

Él pareció buscar una excusa. Y encontrarla: —El asunto tendrá publicidad, seguramente se enterarán los que me están gestionando la beca y puede parecerles ilegítimo que me meta en eso.

—¡Es una invitación, de tan legítimo! Además, quien va a escribir soy yo.

—Pero yo consiento y participo de los beneficios.

—¿Y querés hacer cosas...!

—Eso no lo haría yo, pero... (manos intentando concretar una idea o una intuición vaga, quizás de temor o inseguridad) de todas maneras, es algo muy distinto a todo esto.

—¡Pero, pero, solamente peros! Es hora de que alguien sepa lo que hago. Tengo derecho a recibir algo...

—Yo también.

—Y puedo recibirlo ya...

Es imposible esquivar la alusión —en forma de pedido o reproche—, subrayada por una mirada que evita, contemplando alternativamente los objetos circundantes, como inventariándolos para prevenir una pérdida. Reconstituyendo una apariencia amable, propone salir.

Alivia sus palabras terminantes con probabilidades de aceptar, con necesidad de tiempo y tranquilidad “para pensarlo y comprobar como van las otras cosas”. Cuando avanzan, superando las escasas fuentes de luz del pasillo, sus sombras se acortan, duplican, alargan, dejan de existir al ser proyectadas sobre los escritorios para empleados, ya desocupados, de los cuales sólo brillan aislados perfiles rectilíneos. Ambos encienden, casi simultáneamente, un cigarrillo; aparentemente, para recuperar en la ejecución de movimientos consiguientes una habitual actitud corporal, diluida durante el diálogo anterior.

El rumor confuso e invariable —hecho de diálogos, ruidos, exclamaciones— proveniente de las mesas, le obliga a una mayor concentración para seleccionar seis números en el disco del teléfono público. Puerta y vidriera son marcos estáticos para el desfile agolpado de siluetas humanas por la vereda, contrastando con la rotunda iluminación solar, reforzada por ocasionales reflejos en superficies metálicas. Tono entrecortado indicando que la comunicación es momentáneamente imposible. Se ajusta impacientemente los anteojos verdes, mientras avanza hacia la puerta.

El teléfono ocupado fue cambiado varias veces de ubicación: ahora está sobre la alfombra. Por sus amplios límites, lo reflejado en el espejo horizontal contribuye a empequeñecer la única figura humana entre el contorno mobiliario.

—Bueno... sí... claro: está todo preparado. Sí. Voy.

Ella vuelve a alterar la posición del teléfono, a modificar abstraídamente la de los otros objetos cercanos.

—Sí... evidente... ¡Qué sería de mí sin ustedes, para preverlo todo...!

Broma correspondida con entonación amablemente ficticia. Observa el ambiente elegante como si fuera recién descubierto y quisiera memorizarlo, mientras pronuncia lentamente esa última frase, casi hasta separarla en sílabas, para encontrarle un significado distinto del impuesto por la conversación. Procura reemplazar esa contemplación preocupada por una corriente expresión tranquila, reveladora de una aceptación sin meditar de lo visto y oído.

Más tarde, en un siguiente diálogo, también aceptará, con mayor formalidad e idéntica convicción. Es la presencia menos lustrosa entre los objetos brillantes, pero igualmente decorativa en actitudes y palabras.

Ya no manotea nerviosamente los anteojos verdes. Satisfacción. Tensión estabilizada en los rasgos, cuando disca con energía seis diferentes cifras, desde otro teléfono público.

Los estratos horizontales en la frente quedaron profundizados hasta delimitar relieves y los ojos se clavaron absortos en el dictáfono, cuando con resonancia impersonal la respetuosa voz femenina anunció el llamado. Se levantó, caminó unos pasos, los cuales retrocede. Cada detalle del cuarto está ordenado, cada detalle no evidencia que haya sucedido algo, tampoco que pueda cambiar.

—¿Me escuchó, Sr....?

Inclinado sobre las ranuras verticales y paralelas, articula: —Dígale... que hace poco viajé al exterior... por tiempo indefinido. Y nunca estaré, cuando llame ese Sr...

El “—Comprendido, Sr.”, retumba metálicamente en todo el inmóvil contenido de la habitación, inclusive en él. Al sentarse, reasume su posición en un cuadro compuesto por parapetos sólidos, garantizadores contra cualquier modificación.

Luminosidad intensa y multiplicidad de formas estáticas y versátiles, desorientan su vista y quizá por eso —o por lo pensado— dos arrugas verticales se delinean nítidamente en su entrecejo, en el instante que sale del local. Agregando un elemento, cala los anteojos verdes. Los transeúntes avanzan pisoteando sus sombras, achatadas por la luz vertical característica del mediodía. Camino entre quienes caminan. Lo circundante se mueve o permanece quieto, inmerso en profundos contrastes visuales y confusos estímulos sobrevenidos en aluvión; pero no percibe definidamente los sonidos, como si las palabras de la secretaria lo hubieran aturcido. Expresión facial anulándose en rasgos contradictorios: lo interior no alcanza a configurar un todo, apenas queda suspendido en algo interrumpido sorpresivamente.

Pasos lentos, hasta encontrar a un joven en camisa, el saco en el brazo, la corbata a medio anudar, que lo urge con ademanes enfáticos junto a una camioneta estacionada; quien pregunta, expectante: —¿Qué tal? ¿Cómo le fue?

Por un momento, su actitud es estática, concentrada en recomponer una que conoce mejor, mientras elabora la respuesta.